

# La vejez de don Juan

*Jorge Hernández Campos*

Soy Jacobo de Leyden, nacido en Amsterdam. Soy, como muchos en Holanda, un marrano. Esto es, un judío convertido al catolicismo en España, de donde salí para refugiarme acá porque necesitaba huir del acoso de la Inquisición que ya ha quemado en la hoguera a tres de mis parientes.

Ser marrano no es ninguna vergüenza; contamos con luminarias como Spinoza, el más grande filósofo del momento y una de las mentes más agudas de la historia. Llegado a Holanda a la edad de 16 años, busqué y encontré trabajo como aprendiz en el taller de Nataniel de Haarlem, el famoso editor e impresor. Al poco tiempo me cubrí de gloria con el patrón, porque fui yo quien le recomendó que hiciera una edición del Evangelio según San Mateo ilustrada con aguafuertes de Rembrandt, que resultaron tan hermosos como conmovedores. Del libro hicimos en dieciocho meses un tiraje de 200 ejemplares, que sacamos a la venta al precio nada módico de cinco florines de oro.

Pues bien, la edición se vendió completa en tres meses. El rey de Inglaterra, una especie de cerdo concupiscente llamado Enrique VIII, envió una delegación para que comprara todos los ejemplares posibles. Asimismo, empezaron a llegar a Amsterdam viajeros de toda Europa con el mismo propósito. En Florencia, Nicolò Machiavelli escribió, y mandó publicar en Roma, una reseña elogiosísima que no hizo sino reforzar el buen éxito del libro.

De allí que en la siguiente cuaresma Nataniel de Haarlem ya tuviera guardada en sus cofres de ébano la bella suma de cien mil florines de oro. Con esa suma compró un buque mercante, se construyó una casa nueva sobre el canal de los comerciantes en seda, se pagó una caravana para traer de China varias arrobas de brocado e instaló un taller nuevo cuyo centro era una magnífica imprenta de último modelo, adquisición que hizo en Milán y que fue traída a Amsterdam a lomo de mula junto con una familia completa de tipos Bodoni.

En esa época, la Iglesia reformada de Holanda conoció un resurgimiento de la devoción popular como no se había visto nunca. Los templos estaban abarrotados de fieles. Muchos atribuyeron ese renacimiento de la devoción

general al impacto de los grabados de Rembrandt. Y yo, cuando los hojeé, me quedé convencido de que así era.

Al año le pedí a Nataniel la mano de su hija mayor y me la concedió, amén de una dote generosa que yo invertí en acciones de la empresa. Aproveché la oportunidad para impartir al buen viejo un nuevo consejo: en ese momento el mito de Don Juan y sus hazañas eróticas cundía como fuego por toda Europa. ¿Por qué –le dije– no hacer un libro sobre el personaje, e ilustrado también por Rembrandt y con grabados pornográficos de Giulio Romano? En España tendríamos asegurada una venta de por lo menos 30 mil ejemplares. Pero el libro no había que hacerlo sobre la base de los cuentos y los chismes que circulaban sobre Don Juan por el continente, sino previa investigación de su biografía real.

Esta última tarea correría por mi cuenta, pues yo estaba adiestrado en tales quehaceres. Nataniel lo pensó hasta la hora del almuerzo y después me llamó para darme su aprobación calurosa junto con 500 florines a fin de que yo viajara para la realización de mi proyecto. Dos semanas después, ya iba sentado en una diligencia camino de Milán acompañado por un joven muy talentoso, discípulo de Rembrandt, cuya tarea sería tomar apuntes y dibujos de las personas y los lugares que visitáramos. Para ello, llevaba consigo libros y cuadernos, un inmenso tintero y la mejor pluma que le pude encontrar. Circunstancia que nos favorecía; en ese momento Europa estaba entusiasmada con el *Don Giovanni* de Mozart, y cantaba «*Là ci darem la mano, là mi dirai di sì*», así como la divertidísima aria de Leporello, donde se resumen las conquistas de Don Juan.

Mi joven acompañante y yo fuimos al teatro de La Scala para conocer la ópera, que salimos cantando y bailando por las calles de Milán. Yo había escogido esa ciudad como centro de mi actividad porque Don Juan también la había escogido como centro y trampolín de sus actividades eróticas por el continente. La fortuna quiso que pronto localizara a una de sus últimas amantes que, otoñal y todo, tenía una memoria prodigiosa. La buena mujer nos dio una primera lista de otras conquistas de Don Juan, las cuales a su vez nos dieron otros nombres y domicilios de otras mujeres; de manera que, al cabo de dos meses, ya teníamos una lista con más de 900 nombres.

A nuestras entrevistadas las interrogamos minuciosamente sobre los hábitos y dichos de Don Juan, de manera que pronto teníamos el cuadro siguiente:

Don Juan seguía viviendo en el cortijo familiar situado a cinco leguas de Sevilla y ciento cincuenta de Madrid. A pesar de que don Juan se acostó según cálculos nuestros (conservadores) por lo menos con el doble de las